

# Desagravio a Montealegre

Escribo en la noche calurosa del sábado, 8 de agosto de 1998. Escribo una confesión personal, avergonzada pero liberatoria. Y es que con retraso, con muchos años de retraso, debo pedir perdón al pueblo de Montealegre (127 almas y 30 casas en el Diccionario de Madoz; 204 habitantes de derecho y 138 edificios en la Guía General del capitán Mourille) por haber vivido en el mero conocimiento libresco y anticuado de su existencia.

Un día de junio de 1935, ¡casi nada!, pasé por primera vez el puerto de Manzanal, viniendo del Bierzo: un niño que iba a conocer la capital de su provincia, con los ojos ávidos y el corazón contento, aunque al fondo estuviera el panorama azaroso del examen por libre en el Instituto Padre Isla.

Desde entonces, ese viaje, aunque otros fueran los motivos, se repetiría no cientos sino miles de veces a lo largo de toda una vida. De Villafranca a León. De León a Villafranca. En el coche de línea, solidario y fraterno, o en mi pequeño 4-4 (luego el dauphine o el seat o el audi) he leído al pasar el nombre de "Montealegre", y siempre un sobresalto, una invitación interior a desviarme siguiendo la flecha sugeridora. Pero siempre, también, el afán estúpido de seguir y seguir, como si las carreteras generales (ahora las autovías) nos hicieran esclavos de la prisa.

Y más vale tarde que nunca. Hoy he ido a Montealegre. No he contado los edificios que tiene en la actualidad, ni pregunté por el número de sus vecinos, pero vi un lugar cuidado y hermoso y unas gentes cordiales que son mi gente: provincianos de León como yo lo soy; diocesanos del obispo don Camilo como yo mismo. En el bar de Manolo leí EL FARO ASTORGANO (pueblo que lee unido permanece unido, al estilo del padre Peyton), mientras en la ardiente parrilla se preparaban unas carnes a las que no faltó el acompañamiento del vino amigo.

Por allí andaban, al olor del almuerzo y la convivencia, quienes hoy representan el resurgimiento espiritual de la comarca: el III Encuentro de Escritores y Artistas Cepedanos.

Pero eso del Encuentro Literario sería otra crónica. Estas modestas líneas que vaya firmar son un cantar de palinodia. Y la promesa de que a partir de ahora, no sólo la intención, sino los pies (las ruedas del coche) me llevarán muchas veces ¡Y de verdad! a Montealegre.

**Antonio PEREIRA**